



REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

## SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

JOAQUÍN DICENTA

Galant ería baturra.

FÉLIX RECIO

Los tres cajoncitos.

UN PEQUEÑO REPORTER.

El Manzanares, salido.

CLEMENTE DE CASTRO

Un susto.

JACINTO CARMÍN

La aparecida.

JULIO MATA

Resucitada.

RAMÓN ASENSIO MÁS

Apuntes madrileños.

PEPE ONTIVEROS

Mis aventuras amorosas.

TOVAR, SANCHA, RAMÍREZ, MIGUEL  
y ALFONSOCaricaturas y retratos de María Campi,  
Petra Vera, La Bella Myra y otros  
dibujos.

MARÍA CAMPI

Artista italiana, muy bonita. que en el Trianon Pa-  
lace es, actualmente, el éxito más grande de la  
temporada.

5 cénts.



**Á ALGUNOS DE LA GREY CARNAVALESCA**

**VA A SER PRECISO ARMARLES UNA GRESCA**

¡Cáscaras, cáscaras, cáscaras  
con los que al baile de máscaras  
van vestidos de «bebé»!...  
¿Qué ruines proyectos trázanse  
los hombres, cuando disfrázanse  
de mujeres?... No lo sé.



¿Qué «quedrán» los niños góticos  
que usan trajes estrambóticos  
de «chanteuse» ó de «llorón»?...  
Bajo el disfraz, ¿no sonrójense  
los que en Carnaval despójense  
de sus ropas de varón?...



¿«Quare causa» no detienenlos  
los policías, y tienenlos  
en la cárcel medio mes  
—cual quincenarios—y obliganles  
á que díganlos y díganles  
lo que buscan, de «bebés»?...



¿Con qué derecho asombrábanse  
muchos de ellos, y aun quejábanse  
de la «falda-pantalón»,  
si—al llamarlos á capítulo—  
se les puede dar el título  
de «doncellos», con razón?...



¿Por qué esos ninfos gazzápiros  
se gastan uno ó dos pápiros  
(¡qué lástima de papel!)  
en un vestido, y obliganles  
á otros tales á que díganles:

—¡Qué «preciosa» vas con él?...



¿No es un deber sacratísimo  
combatir el modernísimo  
uso del traje en cuestión,  
pues que dan—con la novísima  
moda—prueba elocuentísima  
de su degeneración?...



Yo—como escritor satírico—  
no debo «sentirme» lírico,  
ni menos trágico; más  
sí que puedo decir: «¡Cáscaras!  
¡Lo que gozan esas máscaras  
por delante y por detrás!...



En buen hora; pero déjenles  
á los demás que motéjenles  
de enemigos de la ley  
del Amor paradisiaco,  
por servir de «afrodisiaco»  
para la invertida grey.



Ya que fuérganles y obliganles  
á los vates á que díganles  
que «eso» es una aberración,  
tomen ya por donde plázcales  
mi diatriba ¡hasta que názcales  
por las hembras la afición!...



¿Qué ruines proyectos trázanse]  
los hombres, cuando disfrázanse  
de mujeres?... No lo sé.  
Por eso digo que ¡¡cáscaras  
con los que, en días de máscaras,  
van vestidos de «bebé»!!!...

**Carlos Miranda.**

# GALANTERÍA BATURRA

**S**ALE el tren mixto de Calatayud y emprende el camino de Zaragoza con lento caminar de bestia de carga. Chirrían antipáticamente los ejes sin escrupulosidad engrasados, vomita humo negro la chimenea de la máquina, escúchanse en los vagones de mercancías cacareos de gallinas, balidos de corderos, relinchos de caballos; los coches de primera van llenos de aire y polvo; los de segunda y tercera, de gente alegre y decidora. El ci-rzo del Moncayo golpea con sus alas de nieve ventanillas y portezuelas, y el campo aragonés se extiende como una inmensa alfombra verde á uno y otro lado de los rails. Uno de los coches de tercera va ocupado en su mayor parte por labradores; pues excepción hecha de un cura y un sujeto que por las trazas debe ser médico ó boticario de algún pueblo próximo, los viajeros restantes visten el clásico calzón, la

eje: cacareos, balidos, relinchos y conversaciones, dando cabezadas mayúsculas.

En la estación inmediata á Calatayud se abre la portezuela del coche y entra una mujer como de treinta años; alta, fuertota, apetitosa, con aire de campesina baturra acomodada.

—Buenos días—dice la recién llegada.

—Buenos días—la contestan los viajeros del vagón.

Dirige sus ojos la entrante á uno y otro sitio en busca de asiento, y al ver que no hay ninguno disponible más que el ocupado por la cesta de melocotones, exclama encarándose con el baturro:

—¿Qué quitar ese cestico pa que yo me siente?

—¿Quién, yo?—responde el baturro.—No señora.

—¡Cómo que no!...—Tengo derecho á un asiento; no hay más que ese... Con que quite los melocotones.

—La hi dicho á usté que yo no los quito.

## NUESTRAS COCOTAS



PETRA VERA



—¡Esta chica tiene tantos atractivos que arrastra!...

Y el baturro sigue tranquilamente apoyado en el cesto, mientras la viajera nueva se da á todos los diablos, y el labrador que dormitaba abre los ojos y contempla la escena en actitud indiferente.

Sube de tono la disputa cuando se abre la portezuela y entra el revisor.

—Revisor—exclama la viajera—, haga el



—Diga usted, doctor, ¿es posible saber el sexo de una criatura antes de que haya nacido?

—Sí, señora; nada más fácil. Eche usted una moneda al aire, y si sale cara, es varón..

—¿Y si sale hembra?

—¡Es cara también!

obsequio de convencer á este hombre; le digo que quite ese cesto *pa* sentarme yo, y responde que no lo quita.

—Y no lo quito—contesta otra vez el baturro.

—Pero hombre, no sea usted bestia—dice el revisor.—La señora ha comprado este billete (enseñando el que recoge de manos de la viajera); este billete la da derecho á un asiento. Con que, quite usted el cesto para que se siente esta señora.

—¡Yo! ¡Lo meros se cree *éste* que con sus *andróminas* y con sus galones va á *asustarme*. *Hi* dicho que no lo quito, y no lo quito manque escarrile el tren.

—No hace falta que descarrile; ya habrá quien le haga obedecer—grita colérico el empleado á tiempo que la máquina se detiene frente á una estación.

—¡A mí!.. ¡Tendría que ver eso!...

Requerido por el interventor acude el jefe de estación. Son inútiles ruegos, amenazas, exhortaciones... El baturro sigue en sus trece y es preciso llamar á la guardia civil.—Ahora veremos—añade el jefe de estación—si quita usted la cesta.

—¡Yo!—replica el aragonés.—¡Yo!... ¡Como no venga á *quitála* el Nuncio!

Entra la pareja en el coche; se le explica el caso, y los guardias, encarándose con el labriego y empleando el dulce lenguaje propio á la institución, le gritan:—¡Quita el cesto inmediatamente, borrico!

—¡Bah!—insiste el otro.—¿*quitálo*? Lo que menos *us* habéis *afegurao* vosotros que van á *meteme* miedo las escopetas y los tricornos *qui trais*! He dicho que yo no quito el cesto, ¡*ridiós!*... Y no lo quito.

—Pero ¿por qué no has de quitarlo?—gruñe uno de los guardias, levantando la culata de su escopeta sobre la cabeza del baturro.—¿Por qué?

—¿Y por qué voy á *quitálo*—dice el baturro—si el cesto no es mío, sino de ese *siñor* que va enfrente?

Y señala al enfático labriego que había seguido toda la disputa sin hablar palabra.

—Pero, ¿el cesto es de usted?

—¡Claro!—afirma el otro.

—¿Y por qué no lo ha quitado usted?...

—¡Yo!... ¡Otra!... ¡Como á mí no me han dicho nada!...

Joaquín Dicenta.



## CHISTE DE LA SEMANA

—Por lo visto, en el nuevo periódico *La Tribuna*, el redactor que más trabaja es nuestro amigo Tomasito Borrás.

—¿Por qué?

—Porque mire usted. Todas las p'anas, *borrás, borrás*...

# LOS TRES CAJONCITOS

**C**ON gesto resuelto, como de persona que, suceda lo que quiera, no ha de cambiar de voluntad, la condesa Adelina designó el mueble japonés de tres cajoncitos, una miniatura de laca rosada con filetes de oro que despedía suaves destellos al reflejar la claridad de las lámparas de incandescencia, y dijo gravemente:

—¡Abrid uno de esos tres cajones, y procurad escoger bien, Valentín, pues en cada uno de ellos he escondido una respuesta al ruego que no cesáis de dirigirme seis meses

hace. Si ponéis la mano en la respuesta amable—en la que dice: ¡Sí!—preciso será que consienta en no rechazaros. Pero, ¡temed encontrar una de las respuestas desagradables! ¡No me veríais más entonces!

—¡Menguada suerte la mía!—exclamó Valentín lanzando hondo suspiro. —¡Tengo dos probabilidades contra una! ¡Pero cómo habéis concebido tan cruel capricho, hermosa mía!

—Porque si he de acceder á vuestros deseos—contestó sonriendo Adelina,—al menostendré el consuelo de poder acusar al azar de la falta que cometo.



Perplejo ante el artístico mueble, Valen-

tín tardaba en decidirse. Su mano temblorosa vagaba de uno á otro cajoncito sin atreverse á tirar del anillo de oro, y oprimíale fuertemente el corazón el temor de una elección aciaga. Aventuróse por fin, cerrando los ojos y encomendándose á la divina misericordia de las providencias... ¡Oh, dicha! ¡Oh, delicia infinita!... La respuesta—una hoja de papel verde brillante que desdobló velozmente—contenía la adorable frase: ¡Sí!



Entusiasmado, ebrio de felicidad, el joven

tomó entre sus brazos á la bella condesa y se la llevó ruborosa.

No era ya posible la resistencia, á menos de faltar inicua-mente á la palabra empeñada, y no era Adelina mujer capaz de dejar sin cumplimiento sus compromisos.

¡Resignóse!

Los dedos de rosa y nieve de la aurora, apartando la muselina de los cortinajes, la vieron entregada á las dulzuras del amor que desfallece para reanimarse una vez y otra...



Sin embargo, Valentín no estaba del todo satisfecho.

El éxtasis no fué suficientemente poderoso para apartar de su frente



## LA BELLA MYRA

Que pasado mañana debutará en Romea.

y de sus ojos cierta importuna nube de tristeza.

—¡Oh!—exclamó la condesa en extremo sorprendida.—¿Qué te falta todavía y de qué puedes quejarte, di, ingrato?

—¡Tengo una desazón!—murmuró apesadumbradamente Valentín.

—¡Tú! ¿A mi lado? ¿Cuál?

## GALANTERÍA DE «CANDELA»



—¡Ay Par!, En cuanto pueda te quite del servicio.

—¿De veras? ¿Y por qué?

—Porque me da mucha rabia verte servir a los parroquianos. Tú no debías dar chicos a nadie más que a mí.

—Te he poseído por azar... No por propia voluntad tuya.

Y volvió a quedar pensativo.

Pero Adelina, entonces, terminando con un beso la más argentina de las carcajadas, respondió al galán contrito:

—¡Tonto! ¡La misma respuesta había en los tres cajoncitos!

*Félix Recio.*

## JULIA FONS, CUPLETISTA

Es un hecho. Julita Fons, la más bonita y la más pícara de nuestras tiples, se hace cupletista.

Nosotros se lo aconsejamos una vez, hace algunos meses, y Julita, sonriendo, nos dijo que no... Pero, después se han acercado a la sin par artista tanto y tanto empresario, con tan fabulosas proposiciones, que Julita ha cedido.

Nos alegramos de todo corazón. Porque el género ganará con ello y porque con ello no pierde nuestra linda amiga. El señor Lleó la dará como tiple, cuando más, sesenta pesetas. Y nosotros ya sabemos de quien, impaciente por saber que acepta, la ofrece quinientas como cupletista...



## A UN HIDALGO

QUE LO ES TANTO DE SU PERSONA COMO  
DE SU PELLIDO

Periodista ingenioso, activo y ducho que compite corriendo con un galgo, tiene mucho, muchísimo de Hidalgo; de Gómez, yo no sé que tenga mucho.

Tan ameno es hablando, que le escucho con gran placer cuando me cuenta algo, y aunque yo nadie soy y nada valgo, en LA HOJA, como él, escribo y lucho.

Al hablar de un amigo me hago un taco, pues los tengo de todas las edades, como sabe muy bien mi amigo Paco... (1).

Pero le he de decir cuatro verdades, porque no es un ladrón, pero sí un «caco» muy experto, que roba voluntades.

*Gonzalo Cantó.*

(1) Hidalgo y Paco son asonantes, y en un soneto, pues... ¡no hay derecho! debí advertirlo, Paquillo, antes; pero no ahora, que ya está hecho.

# EL MANZANARES, SALIDO



QUÉ semanita de angustias y sobresaltos la que hemos pasado los vecinos de la muy... de la muy heroica villa!

Al barómetro le dió por descender, y tan alarmante fué su bajada, que llegamos á temer si se quedaría sin columna, cosa muy natural cuando se llega á tales excesos.

Y claro, la consecuencia fué que nuestro Manzanares, pacífico y bonachón, no tuvo más remedio que alborotarse, y tanto le marearon, que acabó por que se le hincharan las narices, acto verdaderamente temible, pues ya sabemos cómo se pone cuando se le hinchan al respetable río.

Los chicos de la Prensa, con tan extraordinario motivo, nos hemos hartado de hacer notas de color en las que ha habido una gran batuda de frases más ó menos ingeniosas para servirle al público escenas interesantes del suceso fluvial.

—¡El Manzanares se ha salido de madre!

—¡El Manzanares, á consecuencia de su salida, lame ya hasta los cimientos de ambas márgenes de la ribera!

Y es el caso que la ribera, lejos de agradecer las efusivas demostraciones del desbordado Manzanares, púsose á demandar socorro, trayendo en jaque á las autoridades que, celosas en el cumplimiento de su deber, adoptaron toda clase de resoluciones encaminadas á contener los efectos de la avenida.

Yo sé de alguna insinuante jamona que al oír la lectura de tal protesta preguntaba con asombro que quién era esa ribera tan ñoña, hasta que la sacaron de su error diciéndole que no se trataba de ningún apellido, sino de la margen de un río.

También, con motivo de esta crecida, hemos descubierto que hay unos cuantos vivos que se aprovechan de la anormalidad para

sacar raja, como vulgarmente se dice. Me refiero á los cazadores de conejos caseros.

Según los precitados reporters, varios sujetos, apostados en las orillas y armados de tiasas pértigas, acechaban el paso por la turbulenta corriente de los pobres conejos que,

sorprendidos en su cálido lecho, fueron víctimas de la riada. Según el sexo de los lectores de este curioso detalle de la información periodística, así habrá sido el efecto: unos habrán envidiado á los conejos, y otros á los que los pescaban de tan ingeniosa manera.

¡Interesante condición la de esos conejos caseros, que primero fueron inundados por el salido Manzanares, y luego enristrados por la potente pértiga de sus pervertidos conquistadores! Por fortuna, todo ha pasado ya.

Ha ocurrido lo que era natural que ocurriese: después de llegar al máximum de la crecida, lentamente vino todo lo contrario, y hoy nuestro famoso río se halla completamente tranquilo y satisfecho de haber probado á los madrileños que no es tan manso como nos le suponíamos, y que á él también se le alegra la pajarilla cuando se empeñan en urgarle.

Por su parte, la ribera se halla respuesta del susto, aunque un tanto quebrantada, cosa también muy lógica después de tan extraordinaria avenida.

Los únicos que no han vuelto á su primitivo estado son los inocentes conejos caseros.

¡Derramemos por ellos una lágrima... y que les hagan buen provecho á los «gachós» de las pértigas!

Y puestos á conmovernos, compadezcamos de paso á tantos señores respetables, gustadores de ostras, á quienes el bacillus del tífus les ha dejado, como quien dice, con la miel en los labios.

¡Yo no bacillus en asegurar que se van á morir de inanición ahora!

*Un pequeño reporter.*

## El concurso de máscaras



—Creo que esos concejales me darán el premio de disfraces..., porque anuncian que prefieren los más holgaditos.

# U N S U S T O

**D**ON Emeterio se había marchado á examinar cómo andaban los injertos de unos rosales á quienes consideraba como de la familia (tan acendrado era el amor que por ellos sentía), dejando á Petronila, su mujer, y á su primo Evaristo muy entretenidos en discutir el mejor procedimiento

## GRAN MUNDO



—¿Bailamos este vals, condesa?

—Este no puede ser. Bailaremos el primer rigodón que toquen después de la teta de las once.

que puede emplearse para la clarificación de los vinos.

Claro es que toda aquella discusión era vano pasatiempo, y que en cuanto don Emeterio dió media vuelta, su consorte lanzó un «¡Gracias á Dios!» y Evaristo un «¡Por fin!...» que bien terminantemente expresaban el sincero regocijo que ambos sentían de verse solos.

—Tontísima.

—¡Feo!...

—¡Cállate, sozona!...

—¡Albérchigo querido!...

Agotado el diccionario de los epítetos cariñosos, empezaron á hablar de un festejo en el cual pretendían holgarse grandemente. Se trataba del primer baile de máscaras.

¡El primer baile!... Aquel que sacude el polvo acumulado sobre los misteriosos antifaces durante todo un año de vida juiciosa, y despierta de su sueño Momo, el dios de la risa.

—¿Estás segura de que iremos?—preguntó Evaristo, que, como hombre prudente, propendía á dudar de todas las venturas muy grandes.

—¡Sí, iremos!—repuso la joven—; ¿quién había de impedirnoslo?

—Tu marido.

—¡Quiá!

—¿Por qué no?

Petronila se encogió de hombros, como persona que no quiere tomarse el trabajo de discutir lo que considera evidente.

A Emeterio no le gustaba trasnochar; además, ella le engañaría justificando su ausencia con el clásico y siempre feliz pretexto de velar á una amiguita enferma.

Conformes en esto, pasaron á discutir la clase del disfraz que Petronila había de llevar.

—Iré de Mefistófeles—dijo ella con esa ufanía de las mujeres bien formadas.

—No—interrumpió Evaristo—; es un traje muy llamativo; te pellizcarían y no tengo ganas de dormir en la Comisaría.

—Pues de payaso.

—Tampoco... ¡Mejor sería de bebé!...

Petronila empezó á batir palmas en señal de alegría y consentimiento.

—Sí, eso es... ¡Casualmente tengo un traje de bebé precioso! ¿Quieres que me lo ponga?...

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Y si viene tu marido?—preguntó el joven asustado.

—No lo creas; los rosales le han robado el seso completamente, y además tiene que ir á casa de Simón, el jardinero, de quien recibe todos los días una lección de floricultura; así que estaremos libres de él durante más de dos horas. Espera...

Petronila entró en una habitación próxima, reapareciendo á poco disfrazada con un transparente y lascivo traje de muselina, y el reidero semblante cubierto por un antifaz

negro, repitiendo el eterno:—¡No me conoces, no me conoces!... de las mascararas.

Y ¿qué sucedió?

Que mientras los dos jóvenes estaban entregados á sus inocentes preparativos carnavalescos, don Emeterio regresaba á su casa muy satisfecho: había visto el estado de sus queridos rosales, y el jardinero Simón le aseguró que todos los injertos iban prendiendo á maravilla; de suerte que podemos asegurar, casi sin temor de incurrir en hipérbolo, que D. Emeterio no cabía de gozo en el pellejo.

Antes de entrar en el hotel, acertó á pasar por debajo de la ventana del cuarto en que momentos antes había dejado á Petronila y á Evaristo discutiendo acerca del interesante problema de la clarificación de los vinos.

Don Emeterio aplicó el oído...

Y, con un poco de buena voluntad, llegó á entreoir un sordo cuchicheo...

—Todavía están peleándose esos botarates—pensó don Emeterio.

Entonces, como era muy bromista y aficionado á echar á chacota cuanto no atañase en cierto modo á la siembra, poda, injerto, abono, etc., etc., de los rosales, quiso concluir la discusión de su mujer y de Evaristo dándoles un susto.

Para ello probó á encaramarse hasta la ventana; pero como no alcanzaba, tuvo que ir en busca de una escalerilla de mano y de un arcón que á poca distancia de allí se parecían.

Precisamente en aquel momento, Evaristo,

preocupado por el recuerdo del esposo que podía volver de un momento á otro, decía:

—Anda, Petronila, date prisa en vestirme porque *ese* no tardará.

—¡Quiá!...

—Y como te vea en ese traje, se pondrá hecho un toro.

—Tengo yo muy buen capote y no le temo.

De pronto vieron un brazo que corría violentamente la cortina de la ventana, y el rostro de don Emeterio que apareció de súbito, surgiendo del jardín como el muñeco de una caja de sorpresa y lanzando un ¡*Muuú!*... formidable.

El miedo les tumbó de espaldas.

—¡¡Ah!!...

—¡¡Oh!!...

A estos dos gritos de terror, contestó el cándido esposo con una estentórea carcajada.

—¡Ah, bobalicones! — exclamó—; ¡buen susto os he dado!...

—¿Pero era broma?—preguntó Evaristo algo recobrado de su sorpresa.

—¡Naturalmente, tontos, naturalmente!... ¡Cómo!... ¿Creíais que era un toro de verdad?...

¡Cosas de don Emeterio, que seguía celebrando su ocurrencia con sonoras carcajadas!...

Y, claro... ¡Poco faltó entonces para que lo tres se muriesen de risa!...

*Clemente de Castro.*

# LA APARECIDA

**L** día lo pasamos juntos; pero cuando vi que la noche iba acercándose á toda prisa, quise retirarme temiendo ser molesto.

—No, quédese usted con nosotros—exclamó el anciano marqués—; ¡bueno fuera que le dejase yo recorrer á estas horas las dos leguas de mal camino que median entre mi castillo y el pueblo!... Yo miré á la marquesa, procurando adivi-



El soldado

pasiones represadas... Sí, bastaba verles para comprender que estaban divorciados... separados por el abismo sin término de los años.

Mientras bebíamos café, el anciano marqués me habló de su castillo.

—Como toda obra muy antigua—concluyó diciendo el marqués—, mi castillo ofrece inconvenientes gravísimos... Las habitaciones son grandes, desamparadas, tristes las ventanas no encajan bien en sus marcos y el frío se siente demasiado... y además hay aparecidos...

—¡Aparecidos!—repetí admirado.

—¡Sí; aparecidos, almas en pena, de antepasados nuestros, que murieron sin confesión, de muerte violenta, tal vez.—Esto lo sé de buena tinta—agregó el marqués.—Me lo han referido varios viajeros que pernoctaron aquí, y yo me apresuro á decírselo á usted para evitarle un susto.

Agotada la conversación, cada cual se retiró á sus habitaciones.

Yo me caía de sueño; pero, no obstante, el cansancio que me produjeron los treinta kilómetros que recorrí durante la jornada, no me podía dormir, preocupado con aquella disparatada conseja de los espíritus errabundos. De pronto, un ruido casi imperceptible obligóme á levantar la cabeza. En el fondo de la habitación percibí, al incierto resplandor de una claridad que venía no sé de dónde, una sombra vaga, un contorno femenino que se acercaba...

A pesar de esta ocupación tuve...

## RESUCITADA

**H**AS notado—me dijo Pablo—, la facilidad con que se apela al suicidio á los veinte años? Tan fácilmente como se rompe un hilo ó se corta una flor, dos novios se arrojan en brazos de la muerte unidos en un beso supremo. Es un hermoso suicidio; pero no tuve fuerzas bastantes para llevarlo á cabo cuando hace dos años me lo propuso cierta Luisa, de mejillas aterciopeladas de rosa y corazón de fuego. Fué un idilio encantador, deliciosísimo el nuestro. Un día, Luisa, con poca prudencia y atendiendo sólo á las impacencias de su amoroso afán, me dijo:

—Habla á mis padres.

¿Para qué? Eramos demasiado jóvenes y no teníamos una situación conveniente. Aunque desconfiaba del resultado y temía una rotunda negativa ó quizá algo peor, vencido por las cariñosas instancias de Luisa, resolví complacerla.

Puedes imaginarte la sorpresa y los gritos que mi pretensión provocó.

—¿Un mozuelo imberbe! ¿De qué íbamos á vivir? ¿Y los hijos?... ¡Bonito hogar iba á ser el nuestro!... ¡Magnífico porvenir el que nos aguarda!

Para concluir: el mozuelo imberbe fué puesto en el arroyo y la chicuela encerrada bajo la vigilancia de toda la familia. Durante quince días no tuve noticias de mi amada; ya daba aquello por concluído, cuando recibí una carta en que Luisa me citaba en el sitio de costumbre.

—Tenías razón, querido mío—decía—; mis padres, no sólo no permitirán jamás nuestra unión, sino que ya tienen concertada mi boda con un pretendiente de su gusto. Ven, si me amas todavía, y cuando nos veamos resolveremos juntos lo que debemos hacer.

—No amaremos, sí—exclamé al verla—, á despecho de

todas las vigilancias. ¿Ser uno del otro? ¡Qué dicha tan grande! ¿Verdad?

—Sí—contestó Luisa enrojeciendo.— Cuando tú quieras; pero con una condición.

—¿Cuál?—pregunté.

—La de morir después. Nos mataremos en seguida.

Al ver mi sorpresa, añadió:

—¡Oh! Pablo mío, tú quieres, ¿verdad? Tendré valor para todo á tu lado. Después de ser tuya no puedo vivir. ¿Comprendes? Tendría mucha vergüenza. ¿Estás conforme?... Después de todo la vida no vale nada. Es preciso ser ricos para vivir y ser dichosos. Por lo tanto, vale más morir en brazos de la felicidad.

—Pero escucha: te amo demasiado para matarte. No podría...

Luisa llorando contestó:

—¡Entonces me mataré yo sola!... Es el único modo de dignificar mi caída.

Fué inútil razonar. En vano procuré convencerla de que era conveniente aguardar tiempos mejores.

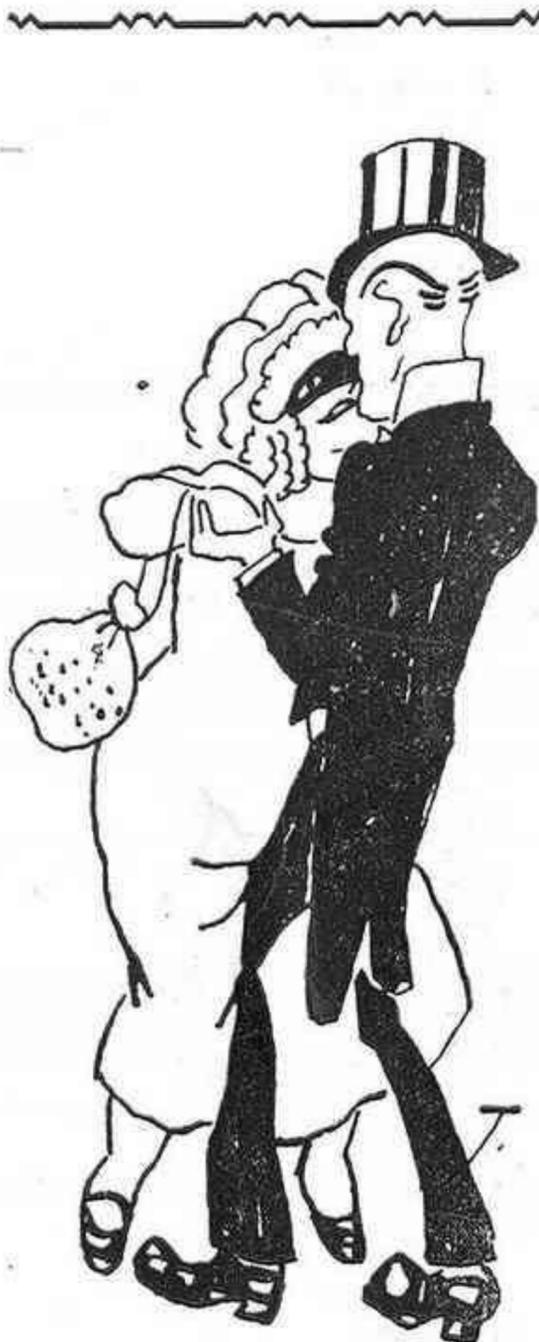
Nada conseguí. Estaba loca y enamorada. Deseaba ser mía y morir en seguida.

—Puesto que lo quieres, sea—exclamé—; venga la felicidad, no importa á qué precio, puesto que si no la acepto ahora, es imposible para mí. Cuando tú quieras.

—Entonces, mañana, aquí mismo... y á la misma hora. Tráete lo necesario. Cuento contigo...

Marchóse y al punto me volvió el juicio. Matar á aquella encantadora Luisita y matarme yo, me parecía un disparate. Más adelante, cuando estuviese dichosa reposando en mis brazos, se uejaría convencer... Animado de un pensamiento, me dirigí á casa de un farmacéutico amigo, que me dió una botellita con un narcótico inofensivo.

—Es un simple calmante—



—Me encantan los hombres atrevidillos... Con qué picardía mete usted la pata.

—Ya ve usted, y yo que creía que estaba... metiendo la pata.

dijo—; lo más grave que puede sucederle á usted es dormir algunas horas apaciblemente.

Alegre por la aventura que se presentaba, esperé á Luisa al día siguiente.

Llegó hermosa, fresca y coquetona, ataviada como para una fiesta. Estaba un poco pálida y un poco trágica, pero bella como nunca. Yo la miraba con deseos de reír...

—¿Traes eso?— me preguntó.

—Láudano...—dije sacando el frasco.

Ella me abrazó con efusión y me dijo:

—Es suficiente. ¡Cuánto nos vamos á querer, Pablo mío!...

Al día siguiente, Luisa, dándome en la espalda golpecitos para despertarme, murmuró:

—Ha llegado el momento, Pablo. Vamos á morir.

—Luisa, Luisa mía, mi bien amada, mujercita mía, en este momento somos dichosos y podemos serlo aún durante mucho tiempo...

Ella exclamó furiosa sin querer escucharme:

—¿Te has olvidado ya de lo que me juraste?

—Nos casaremos. Nadie nos lo impedirá.

—¡Cobarde, cobarde! Vive tú si quieres. ¡Yo... no puedo!...

—Sea, pues—dije viendo la inutilidad de mis esfuerzos.—Aquí está la botella. Cada uno beberemos la mitad, y para que tú tengas toda la responsabilidad de lo que pase, yo beberé primero.

—No, Pablo, espera; yo beberé, lo beberé todo si es preciso.

—Toma—dije tendiéndole la botella—. ¡Bebel!

Sin responder me miró algo sorprendida, lanzó un gran suspiro y bebió.

—Toma, bebe tú ahora. Te toca á tí...

Filosóficamente bebí mi parte sin apresurarme y sin temer, porque tenía confianza absoluta.

—Acostémonos—dije.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué nos va á ocurrir, Pablo?

—Nos dormiremos, nada más.

—¿Para siempre?

—Sin duda—añadí.

—Abrazame. Así no tendré miedo.

La pobrecita temblaba entre mis brazos como una azogada y sus dientes castañeteaban de frío.

—Luisa—la dije cariñosamente—, aun es tiempo de tomar un antidoto. ¿Quieres?

—No—contestó, valientemente.

—¿Quieres?—repetí.

Esta vez ya no respondió. El narcótico surtía sus efectos. Con los ojos cerrados, de los que resbalaban dos lágrimas y abandonada á mí, Luisa dormía sobre mi brazo como un niño.

Al cabo de un rato mis ideas comenzaron á embrollarse también y cerré los ojos.

Poco después el ruido de la puerta que abrían violentamente y la presencia de la policía, acompañada de los parientes de Luisa, nos despertó sobresaltados.

Sin advertirme, Luisa había depositado en el correo, antes de reunirse conmigo, la carta con la fórmula consabida: «Queridos pa-

dres: Cuando recibáis ésta ya no existiré... Perdonadme... etc.» Y allí estaban los padres dispuestos á conceder el perdón, á consentir en todo y dichosos por encontrar á su hija con vida.

Lo que sucedió entonces es presumible: lágrimas de los padres, abrazos, ¡qué sé yo!

La policía primero intentó detenerme; luego, á una indicación del padre, se retiró.

Yo, asustado, me dirigí á mi amada.

¡Pero qué mirada me dirigió Luisa al resucitar! Ella no perdonaba.

Sin dirigirme una palabra salió de allí. No ha querido volver á verme desde aquel día. Y, sin duda, para despreciarme, se ha resignado á la vida y á sus deberes, casándose con el marido que la tenían elegido sus padres.

Yo la he llorado durante algún tiempo como á una muerta...

Julio Mata.

## CANTAR EN ACCIÓN



Mueves tanto las caderas si vas andando, gitana, que me entusiasmo y me tengo que abrochar la americana.

YO.—¿Qué es lo que ve usted?

GUARDIA CIVIL.—Que están ustedes cometiendo faltas contra la moral, y van ustedes detenidos ahora mismo. (*Nieves llora*).

YO.—¿Yo, detenido? ¿Usted sabe quién soy yo?

GUARDIA CIVIL.—Un caballero, al parecer, que no debía dar lugar á esto. Y sobre todo, que yo cumplo con mi deber.

YO.—Mire usted que no hay ataques á la moral y que yo tengo que ir á trabajar al teatro Apolo y que se me hace tarde.

GUARDIA CIVIL.—¡Ah! ¿Usted es del teatro?

YO.—Sí, señor; el que llama á Cirila y se atraganta con el humo.

GUARDIA CIVIL.—¡Parece mentira que!... (*En este momento Nieves dice ¡allá val, y devuelve por donde entró lo que le quedaba en el estómago. El guardia se hace cargo de la situación y nos busca un coche. El cochero me conoce y quiere hacer que corra el caballo. ¡Ilusiones del buen auriga! El caballo dice que nones y cuando llego á cumplir mi misión ya me han tenido que sustituir en tres papeles. D. Enrique está como para pedirle que escuche á un autor novel, y yo como un autor novel que quiere leer un sainete al COMITÉ DE LECTURA*).

### CUADRO TERCERO

*La tarde del día siguiente, en el momento de bajar del tranvía de la Bombilla.*

#### PERSONAJES

MI MUJER, *acechándome, de muy mal talante*

porvenir, porque en cuanto no pueda hacer lo que ahora, me salto la tapa de los sesos en el mismo escenario para morir haciendo ruido.

MI MUJER.—Te creo. Porque no hay uno en tu familia que no esté tocado de la cabeza.

YO.—Deja en paz á mi familia, que sabes no tolero en sentido ofensivo ni la más leve alusión. A mí, dime lo que quieras.

MI MUJER.—En casa, en casa te complaceré. (*Nuevo silencio hasta llegar al domicilio conyugal. Allí se desarrolla una escena que necesita contar para justificar no sólo el final de este incidente, sino el de otros posteriores*).

Yo tengo la creencia de que á la mujer se la mata ó se la deja; pero de ningún modo debe maltratarse de obra.

A pesar de esto, me excitó tanto con sus justificados insultos, que tuve que amedrentarla fingiendo que la iba á pegar, y llegué á tirarle un azucarero, cuidando de no hacer blanco en su persona. Pero no contaba con la huéspedada.

La huéspedada fué mi señora madre política, que estaba escondida tras un cortinón y que de repente se arrojó sobre mí, por la espalda, y me arañó la cara, desde el ojo derecho hasta el cuello. Para quitarme el estorbo la empujé con el codo y cayó sobre mi cama, dándose un fuerte golpe en la boca (*supongo que no fué contra los colchones*), saltándosele los dientes.

Al verme la cara chorreando sangre se marcharon las dos corriendo y yo me quedé dando paseos de un extremo á otro de la casa. En uno de éstos, me vi en un armario de luna la cara, y el efecto fué mortal; pensé en el ridículo de

y Yo, temblando, por si acude Nieves á la segunda cita.

( H A B L A D O )

MI MUJER.—Hola, ¡socio! ¿Estás esperando á tu amor?

YO.—Algo hay de eso, ¿y tú?

MI MUJER.—Yo, también. Vengo á convidaros ó á que me convidéis, porque creo que donde esté mi marido puedo estar yo.

YO.—Indiscutiblemente. ¿Dónde quieres que entremos?

MI MUJER.—¿Dónde? ¡So sinvergüenza! En el tranvía para ir á casa, que allí ajustaremos las cuentas.

YO.—No levantes la voz ni te vayas de la lengua, que entonces perderías el derecho que te asiste.

MI MUJER.—Anda, anda al tranvía, ¡so golfo!

YO.—Vamos; pero guarda los piropos para casa, que no nos oirá nadie.

MI MUJER.—¿Nadie? Los sordos me van á oír. *(Subimos al tranvía y pago treinta céntimos por cada uno hasta la Puerta del Sol. Por dicha cantidad se hacen tres viajes á los Cuatro Caminos ó seis á la plaza de la Cebada. Vamos solos. Silencio por ambas partes hasta San Antonio de la Florida.)*

YO *(por hablar de algo)*.—¿Has visto los frescos de Goya que hay aquí?

MI MUJER.—Te he visto á tí, que eres más fresco y más borracho que pueden ser esos.

YO.—Si esos frescos no pueden beber, mujer, son pinturas sobre el techo y paredes,

MI MUJER.—Ya lo sé, ¡imbécil!

YO.—¿Qué vas á saber, si no has pisado una escuela de pago. *(Esto se lo digo para desviar su imaginación del motivo del enfado)*.

MI MUJER.—¡Canalla!

YO.—¡Económico! *(No puedo dirigirle otro insulto hablando con imparcialidad. Otro rato de silencio hasta pasar frente á la Estación del Norte)*.

YO.—¡Que ganas tengo de acabar la temporada para utilizar la estación esta!

MI MUJER.—Sí, y que hagas lo que el año pasado, que encima de perder el dinero que llevá-bamos, mil pesetas que te mandaron de Apolo por telégrafo y lo que dieron de empeño por las alhajas, deshiciste el seguro de vida y tuvimos que aprovechar las vueltas á los tres días de veraneo.

YO.—Tienes razón, te hice sufrir bastante; pero en cambio te salvé la vida en Gijón el año anterior.

MI MUJER.—Más valía que hubieras dejado que me ahogara.

YO.—No hay mal que por bien no venga. Por lo de San Sebastián aborrecí el juego, y por lo de Gijón me diste palabra de hacerte la distraída si tenía algún *trapicheo* por ahí.

MI MUJER.—¡Pero uno solo, y no cuatro como ahorral y no creas que lo siento por el cariño que pueda tenerte, si te tengo alguno; es por lo que te gastas con ellas, que lo robas á tu casa, y porque te estás matando. Ya verás la vejez que te espera.

YO.—Te equivocas en lo que se refiere al

ni (1): «Saca de mi americana la cartera y paga.» Yo me permití curiosear sus papeles, ví los dos retratos que lleva y desde entonces juré ser su amiga, y antes me matarán que dejar de serlo. Pero amiga solamente.

En efecto. A pesar de seguir yo insistiendo en que me volviera á mirar como cuando me enamoró (pero de cerca y sin testigos), no lo conseguí. Cumplió su juramento. Prueba de ello es que jamás nos tuteamos.

A poco tiempo se puso en relaciones con un novillero, que aún ostenta la coleta muy dignamente, que la retiró de tan agitada vida y hasta creo que se casaron. No estoy cierto.

Lo que sí sé es que fueron felices y que les duró poco la dicha. Murió tísica.

¡Pobre Lolita! Fué una de las mujeres que más limpias han salido de los cafés cantantes.

Amantísima de su familia y con un gran corazón, vivió mártir del «alcohol obligatorio» y de las necesidades de su casa.

Convencido de ello, una noche escribí sobre el mármol de una mesa unos versos que leyó y me hizo trasladar á un papel que conservé como un relicario algún tiempo y que empezaban así: (No presumo de versificador.)

*Como salen los brillantes  
de un pedazo de carbón,  
así sales tú del «fango».  
¡Qué contrastes busca Dios!*

(1) Boni es un íntimo amigo mío, inseparable durante algunos años

— ¡Pasado mañana, eh?

— Sí.

— Pues que tengas suerte.

— Gracias. Vaya, me voy, que no quiero hacerle esperar á López Silva.

— Ya, ya sé que es él quien más te ha recordado.

— Algo hay de eso. Vaya, adiós. ¡Ah! Dile á los comiquitos «consagrados» en Madrid, que si quieren aprender á hacer comedias, pasado mañana abro cátedra.

(Esto lo dijo, además, en cafés y centros artísticos.)

— Bueno, hombre; yo también iré á ver si aprendo algo.

— Adiós.

— Adiós.

Efectivamente; fuí y aprendí que no se debe trabajar ante un público desconocido «morci-llando» como á la 300 representación de una obra, por mucha gracia que tengan los embutidos.

Además, flotaba en el ambiente del teatro lo ocurrido conmigo, y yo tengo aquí muchos amigos.

Si esto leyeran los admiradores con que contaba en Barcelona, Valencia, Sevilla y Granada, ya tienen explicado el por qué no gustó Cerbón en Madrid.

Si no se quemara «El Dorado», al poco tiempo se hace el amo de Madrid.

Fué un gran cómico.

Paz á los muertos; pero justicia á los vivos. Se juzgó muy duramente al público y á la críti-

ca de Madrid, y yo que estoy enterado debo poner los puntos sobre las íes.



Cuando devolví el duro á Lola y después de la insistencia y razones ya apuntadas, apoyó su barbita en la mano y el codo en la mesa y me dijo:

—Dispense mi insistencia en hacerle tomar dinero; me figuraba que le molestaría, y esto me alegra, porque ese orgullo... vamos, ¡que me gustal

—Ya era hora que le gustara algo mío—la dije.

Ella no contestó.

Me miró fijamente un rato, suspiró, siguió mirando y... no sé cómo explicar la expresión de sus ojos.

Era fosforescente, incandescente, dulce... ¡qué sé yo!; no la puedo traspasar al papel.

Lo que sí sé decir es que no pude contenerme y exclamé:

—¡No me mate usted, Lola!

—¿Qué le pasa?

—Que me está mirando como la Duse mira el espacio cuando lee la carta de Armando.

—No he visto á esa artista, ni la *Dama de las Camelias*.

—Pues usted sabe la obra á que me refiero.

—Es que ya me han dicho algo parecido,

—Siento haber llegado tarde. ¿Y quién?

—Un niño.

—¿Un niño?

—Sevillano.

—Serían *Fulano* ó *Mengano*, que vendrían á estudiar del natural.

—Yo no cito nombres.

—¿Y qué le dijo?

—Que tenía en los ojos todos los síntomas de tísica enamorada... que era yo la Dama de las *Camelias del tablao*, que quién era mi Armando, etc. Y lo peor es que tenía razón en lo de tísica y en lo de enamorada.

—¿Usted tísica?

—¡Yo!

—¿De veras, Lola?

—Sí.

Pausa y lágrimas furtivas.

—Mire, Ontiveros —añadió haciendo una brusca transición—no volvamos á hablar en serio de amores. Usted confiesa que adora á una mujer, y que tiene fruto de esa pasión, lo que sabemos todos desde un célebre bautizo en que fueron padrinos un famoso matador de toros y una bonita, graciosa y popular tiple.

—Efectivamente, pero...

—Ní una palabra más. Yo robaría cariño á una mujer; pero nunca á la criatura esa cuyo retrato lleva en el bolsillo.

—¡Ah! ¿Pero usted ha visto?...

—Sí.

—¿Cómo?

—La otra noche que bebió usted más de lo regular y se tumbó en un diván, le dijo á Bo-

Estaba completamente borracho, cosa rara en mí, que tengo tal costumbre ó *necesidad de beber* y que pocas veces me hace daño el alcohol. Digo *necesidad de beber*, y lo digo porque lo creo.

Vamos á cuentas, señores que no me imiten. El cuerpo duermes y descansa.

El cerebro, mientras descansa el cuerpo con el sueño, vela y sueña.

El sueño del cerebro es la embriaguez.

Quizá diga un disparate; pero es una opinión. Además de beber para descansar, bebo para no cansarme.

Me explicaré.

Yo tengo la misión de hacer reír á muchos miles de personas, que pagan para ello. Por término medio, cumplo esta misión 330 días del año, á razón de cuatro secciones diarias, sin contar las funciones de tarde. Ensayo otras cuatro horas y estudio, aunque poco, mis papeles.

Cuando dirijo, tengo que estudiar lo de los demás también y enseñar al que no sabe.

Esto produce cansancio. El público, que paga, no se mete en averiguaciones, ni le importa que yo esté enfermo, triste ó cansado. Quiere reír. Tengo que complacerlo.

Para conseguirlo, me tonifico con el zumo de la vid, y aunque esto me reste días de vida, eso es un saldo lógico con la Naturaleza, que á nadie le importa, fuera de los míos. En cambio, mientras viva, comerán, vestirán, etc.

Un amigo me comparó con un quinqué, y no creo vaya descaminado. Cuando se acaba el petróleo, se acaba la luz. Se llena de nuevo y luce

bien. Lo que hace falta es que no se rompa el depósito ni falte mecha.

Dicho lo anterior en mi defensa, vuelvo al baile.

Me hicieron beber en casi todos los palcos y muchos en el restaurant. Cada uno de lo que tenía, y, naturalmente, mezclé toda clase de licores. Consecuencia de la popularidad.

Medio loco ya, ví entrar á Lulú, deslumbrante de belleza, con un caballero correctamente vestido de frac. Verla y fingir un accidente nervioso, todo fué uno. Me desplomé sobre ellos, y el producto de mis convulsiones fué el que recibieran varios golpes.

Esto hizo gracia á los que estaban en el secreto, y me hicieron beber más.

Cuantas veces los encontraba, otras tantas repetía la escena, y todos los concurrentes tuvieron un intermedio cómico, que les distrajo.

El acompañante de Lulú, dando una prueba de cultura y de paciencia, me obsequió en compañía de unos catorce amigos que me acompañaban, á café y cognac.

En el momento que estábamos todos sentados, y ya servidas ambas cosas en correcta alineación en una larga mesa, me entró un capricho: volcar la mesa sobre los convidados, y lo consulté á media voz con ella.

No le pareció mal la broma, y, tirándome de espaldas, empucé á coces con la mesa, y excuso decir que todos los trajes se mancharon y casi todos los sombreros se apabullaron.

Todavía me perdonó el extranjero mi incorrección, y fingió creer en mis accidentes; pues

de lo contrario me hubiera tenido que pegar un tiro.

Las autoridades me dieron amoniaco, y si mal no recuerdo, el Sr. Marsal mandó á un subordinado que me metiera en un coche y me llevara á casa.

¡Pobre cocherol! Lo que sufrió y lo que tendría que limpiar después el vehículo.

Yo aquella tarde tenía que hacer el General Archiparraguerreguirriburra de *Los sobrinos del Capitán Grant*, y después de desahogarme llorando, tomar café con sal, oler amoníaco y ponerme D. Enrique Arregui al fresco en el patio, tuve que hacer todo el cuadro del Paraguay sin moverme de un sitio y sirviéndome del sable y del bastón de mando á modo de puntales.

Pues el público rió mucho, y ni los empresarios ni Manolo Rodríguez, aquel gran actor y director, que me sufrió varios años, me regañaron. ¿Tendré suerte?

★

Ahora se me ocurre una pregunta. ¿Serviría este incidente para inspirar á Arniches y García Alvarez y escribir *El pobre Valbuena*?

No lo creo. Ni uno ni otro van á los bailes de máscaras, ni necesitan inspirarse en los demás, para hacer ricas á las Empresas teatrales y reir á mandíbula batiente á los que en Europa, Africa, América y Oceanía tienen como idioma oficial el castellano.

¡Qué satisfacción más grande debemos sentir los españoles al fijarnos en lo último que digo! España, tan pequeña en territorio, ha conse-

Me retiré, balbuceando lentamente: ¡Chapí! ¡Cha...pí!... ¡Cha...pí! La inspirada música que produjo tu potente cerebro, me ha causado mal efecto por primera vez. Ni el personaje de tu obra besó el pendón de los Granaderos ni yo beso éste que simboliza una farsa indecente.

Para comedias tengo bastantes con las que yo represento.

Al perder la ilusión, bajé la cabeza sin poderlo remediar, y cariacontecido salí jurando vengarme de aquella mujer que, por un sencillo redoble con sus sonrosadas uñas, me hizo parodiarme á Icaro en el momento que el calor del sol derrite la cera de su primitivo aparato de aviación, inspirando á Martínez de la Rosa los versos que, si mal no recuerdo, dicen:

*Quien en sí propio  
del Arte los preceptos desdeñando,  
vanamente confía  
cual Icaro tal vez remonte el vuelo,  
más deshechas sus alas mal seguras,  
despéñase con mengua al hondo suelo. (1)*

Juré vengarme de la hermosa, inocente, desde luego, de no sentir cariño por todos los que gustan de alquilar el Amor, y en un baile del Real cumplí mi juramento, haciendo sufrir las consecuencias á un respetable señor extranjero, que tuvo la consideración de no saltarme las muelas ó se compadeció de mi estado aquella noche.

(1) Si meto la «pata» en esta cita, perdonenme; pero no he vuelto á leer la *Oda á la Poesía* desde mi infancia.

YO.—No me cortes el hilo. OIR tus suspiros por secciones de tres hacia adentro y uno hacia afuera; OLER el perfume de tu aliento; GUSTAR la miel de tus labios; en estos dos sentidos sigo la fórmula de mis *calamocanos*.

NIEVES.—Eso de calamocano quiere decir casi borracho?

YO.—Eso dicen. Pero si cálamo es pluma y ca: no con canas, yo entiendo y quiero decir los que tienen canas por la pluma.

NIEVES.—Tú, digo usted, sabe más que le han enseñado.

YO.—Yo sé, á mi modo, lo bastante para andar por casa, y para andar por el mundo a provecho lo que saben los demás.

NIEVES.—Ya me enseñará, ¿verdad?

YO.—En cuanto nos hablemos de tú sabrás tanto como yo; pero no te bagas la ilusión de llegar á Bachillera, ni siquiera á Maestra elemental, porque si yo no pude serlo, menos podré enseñarlo.

NIEVES.—Siga por el camino de los sentidos, que lo entiendo mejor.

YO.—Eso consiste en que no me han traído el Cazalla.

CAMARERO.—Don José, si está aquí hace un rato.

YO.—¡Ah! ¿Estabas ahí? Deja eso y vete.

CAMARERO.—¿Qué traigo de comer?

YO.—A tu gusto. (A ésta algo con mostaza ¡entíendese!).

CAMARERO.—(Ni una palabra más). Bueno, como hay confianza voy á dejar esta copa, ¡ya sabe usted!, para echar un poco coñac de cada

servicio, y luego, ¿usted comprende?, del café de usted me sirvo medio vasito y me resulta un fonchecito.

YO.—Pues sírvenos prontito, que hay apetito.

CAMARERO.—Co no las balas. (Vase).

NIEVES.—¿No me sentará esto mal?

YO.—Eso sirve para abrir las ganas de comer. (Según los fabricantes). Echale agua de Seltz.—No. Así, no. Aprieta hacia abajo el gancho de atrás y pon la copa bajo el pitorro de delante. Asf. Aprieta. (*Nieves aprieta demasiado fuerte y se vierte más de medio vermouth sobre su jalda*).

NIEVES.—¡Ay! Todo el vestido manchado. (*Tira el sifón y el vermouth y se engancha el vestido en uno de los clavos de la silla*). ¡Mal-dita sea...! (*Llora, se mesa los cabellos naturales y esparce los añadidos por la arena*).

YO.—¿Por qué lloras?

NIEVES.—Yo tengo la culpa. ¿Cómo vuelvo á mi casa de esta manera?

YO.—¿Cómo?

NIEVES.—Toda la ropa calada y el vestido roto.

YO.—No te apures niña, que yo te compraré otro.

CAMARERO.—¿Se puede?

YO.—¡A buena hora! Anda, sirve pronto, y acatárrate un poco para cuando vuelvas.

CAMARERO.—Ya sabe usted que no acostumbro dar el ja hasta los postres (1). Pero si usted

(1) *Dar el ja*, entre la golfería que tiene *canjis*, es avisar que viene la autoridad

lo desea empezaré á toser desde ahora mismo.  
 YO.—Así me gusta. Tráete dos raciones de langosta.

CAMARERO.—Como las balas. (Vase mirando picarescamente á Nieves, que come con apetito felino. Yo como menos y bebo más. El camarero actúa como Dios manda; tose para anunciar que viene, y de cuando en cuando aumenta el contenido de su copa con lo que escatima á los demás parroquianos. Nieves encuentra buena la langosta y se atraca. La incito á que beba, y á las tres copas de Rioja pide otra ración. Casi sin hablar llegamos á los postres. Nieves no quiere prescindir de su plato favorito, pide un tomate crudo á medio curar y con su correspondiente aliño se lo come. Yo pido un plátano, ella á medios pelos me lo coge y sin probarlo lo destroza. Perico, el simpático pollino que da vueltas á la noria, lanza un sonoro rebuzno como avisándome que no debo quedarme á medio pienso, y pido cerveza. El camarero completa con café los dos dedos que faltan para que la copa rebose de coñac y quiere beberlo de un sorbo, tose al mismo tiempo y nos espurra por boca y narices. Castigo de Dios. Lora un poquito, le digo que nos sirva licor de los Reverendos Padres Benedictinos, y Nieves se bebe tres copas. Llamo para pagar y resulta que no me alcanza para la propina. Se la quedo á deber y nos vamos. Ella no camina bien y yo no puedo llevarla ni en tranvía. Se hace tarde para mi hora de trabajo.)

YO.—Espera, que me estorba lo negro. (Nieves va de luto, y yo trato de quitar el estorbo.)  
 NIEVES.—¡Vamos, Ontiveros! O se está quieto ó me enfado. Póngase enfrente y con la mesa por medio, ó me voy.

YO.—Precisamente es lo que yo quería, que hubiera distancias hasta tanto que pueda lograr mi capricho. Ya estoy como quieres.

NIEVES.—No lo tome á mal; es que le temo. Yo no tengo más que un capital, y cuando se lo lleve alguien tiene que ser por cariño ó por conveniencia. Yo no tengo por usted todavía más que simpatía, y por eso he venido, y en cuanto á conveniencia ya sé que voy á arrastrar coche. Hable usted lo que quiera, pero las manos quietas. Acabe de explicar cuál es su capricho.

YO.—Sencillamente, poner en tí mis cinco sentidos. Porque tengo cinco.

NIEVES.—¿Pues quería usted tener una docena?

YO.—No, hija; lo recalco para que no me confundas con un compañero que tiene cuatro, según confesión propia. Yo quiero poner en tí mis cinco sentidos, porque tú te mereces los cinco. Hay algunas que se han conformado con tres, y les ha venido muy ancho.

NIEVES.—Bueno, pues explíquese con claridad por sí me conviene, que... ¿quién sabe si más adelante...?

YO.—Pues quiero VER á quién te pareces más, si á la *Maja* de Goya ó á los *Juerguistas* de Rubens.

NIEVES.—A mí no me hable usted en griego.

# APUNTES MADRILEÑOS

## ¡SIGA LA BROMA!

—¡No me conoces, Gregorio, no me conoces!...

—¡Arrea!...

¿Quién es este mamarracho?

—No lo sé ni me interesa; pero, á juzgar por las chanzas y el felpudo y la chistera, no será precisamente ningún socio de *La Peña*.

—¡No me conoces!...

—Y dale.

¡Pero mira que eres pelma!

—Lo que soy es un sujeto que llevo un mes dando vueltas con el afán de encontrarte pa decirte cuatro frescas.

—¿A mí?

—Como lo oyes.

—Bueno,

pues quítate la careta que voy á ponerte el rostro lo mismo que la jalea.

—¡A que no!

—¡A que sí!

—Señores,

un poquito de prudencia, que estamos en Recoletos y la gente se aglomera.

Y usted, máscara, procure no provocar ni armar gresca con las personas pacíficas que con usted no se metan.

—¡Pero si es que le conozco!...

—Bueno, ¿y qué?

—Maldita sea.

¡Pero si es mentira!

—¡Claro!

—¿Mentira? Vamos á cuentas.

—A ver.

—¿Tú no eres Gregorio Martínez y Pedroñeras?

—Eso dicen.

—¡Pues entonces!...

¿Tú no tienes una tienda de objetos de pan, cerillas y gomas pa bicicletas en el número catorce de la calle de las Huertas?

—Dirás en el diez.

—Corriente.

Me he confundido. ¡Dispensa!

—Oye, ¿y de qué me conoces?

—De atrás.

—¡Repuño!...

—¡La vértiga!

—Te conozco de una tarde que estuvimos en las Ventas jugándonos á la brisca kilo y medio de chuletas, y te presenté á mi esposa

## ENTRE BASTIDORES



—¿Y este es el número de atracción?

—Ya lo creo, como que todas las noches se la carga.

de buena fe, con nobleza, como hacen los hombres que obran con corrección y decencia.

—No lo recuerdo.

—¡Ay, qué gracia!

—Y vámonos, Micaela, que hace fresco.

—Hace narices.

—¿También tú?

—¡No, que se juega!

—Pero reflexiona...

—Máscara,

siga usted, que me interesa.

—Por mí, que siga. ¡Hoy se ponen

los moquetes á peseta!

—Pues le presenté á mi esposa,  
y el señor, que es un boceras,  
le tomó ley á mi casa  
cuando yo no estaba en ella,  
y empezó yendo á buscarme  
con un pretexto cualquiera  
y acabó por tomar algo  
y estarse las horas muertas.

—¡Los hay desahogáos!

—Te advierto

que ese felpudo exagera.

—En total, que mi señora,  
que es muy capaz si la dejan,  
de dar lo suyo y lo ajeno  
pa consolar una pena,  
se interesó de tal modo  
por ese melón de cuelga  
que acabó loca perdida  
por él; ¡así, con franqueza!  
Y el señor, que es un vivalés  
que no tiene intención buena,  
pigó esa acción de mi cónyugüe  
hollándola y seduciéndola.

—¡Máscara, que fué al contrario!

—¡Mentira!

—¡No!

—¡Tengo pruebas!

—¡Usted es un primo!

—Señores,

¡que haya un poco de vergüenza!

—Máscara, ¿le falta mucho?

—Lo que me falta, se abrevia.

—Pues corte usted por lo sano  
y ahueque usted, que molesta.

—A eso voy; pero que conste  
que á mí me importa una tecla

que el señor y la señora  
me hayan puesto en evidencia,  
porque los dos son mayores  
y saben á lo que juegan;  
lo que á mí me solivianta  
y me trastorna y me ciega,  
es que el señor, no contento  
con haber abusado de ella,  
va refiriendo la cosa  
por colmáos y por tabernas  
con sus pelos y señales.

—¡Sopla!

—¡Rediez!

—¡Que se vea!

—Y eso yo no se lo aguanto  
ni al Padre Santo que venga,  
porque bueno que se haga,  
pero no que se refiera.

—Tiene razón.

—Y le sobra.

—Bien dicho.

—¡Olé la elocuencia!

—Y usted, ¿de dónde es?

—De Cabra.

—¡Ya se conoce á la legua!

.....

Gritos, golpes, estacazos,  
sustos, desmayos, carreras,  
juramentos, pisotones  
y los del Orden que llegan.

¡Y aún dicen algunos tontos  
que el Carnaval no interesa  
y que á nadie le divierten  
las bromas carnalescas!

*Ramón Asensio Más.*

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL

## ¿Por qué no se debe fumar?

PEDID EL FOLLETO DEL EMINENTE

**= Doctor D. Antonio Martín Orozco =**

Y OS CONVENCERÉIS DE LOS PERJUICIOS QUE ESTE ARRAIGADO VICIO OCASIONA

Se facilita **GRATIS** en todas las buenas Farmacias de España

y en la **Sociedad Anglo Ibérica - Apartado 350 - Madrid**

**LA HOJA DE PARRA** • REVISTA FESTIVA •

APARECE LOS SÁBADOS

Oficinas:  
**MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO**

★  
Apartado de Correos número 547  
MADRID